

Manuel Orestes Nieto

**El país iluminado**

(2001)

## UN MUNDO SIN LÍMITES

Era como un país en el borde del cielo. O, mejor, era una nación en la cúspide de la tierra. Muy lejos del mar y demasiado cerca de la bóveda celeste. Un pañuelo zurcido entre las nubes bajas que al amanecer parecen algodones en las crestas de la alta cordillera. Una delicada alfombra multicolor que flotara en el vaivén del tiempo. La fascinante canción esparcida en la transparente luz que se posa en la copa de los árboles y en las cabelleras esmeraldas de las montañas.

Un vasto país como de rocío. O, más bien, la morada sin límites donde se construyen los sueños.

Este hogar sin entornos y sin murallas es un aposento que una mirada humana no alcanza a ver en toda su inmensidad, y en el ojo del águila está grabado todo su color y todo su olor delirante, como un paisaje.

¿Cuántos senderos hay que andar para encontrarle?

Este es el majestuoso país de las cumbres terrenales, sin el vértigo del fin de los caminos, siempre más allá, como duplicándose, en la curvatura del horizonte azul. Una lontananza en la bruma tendida entre los pliegues de la piel de los montes. El vuelo de las mil alas de un pájaro escarlata rumbo al alba fosforescente. El país amado que sus ancestros construyeron con las manos en el tiempo del latir, animados por tocar el paso tibio del aire sin dejar de posar sus pies en la tierra extrema del planeta.

El sitio que fundaron, la estirpe reunida, las quimeras danzarinas como fuegos fatuos y los immaculados riscos — moles de basalto — que sostienen la bordada espesura, el lento transcurrir de la noche y la resina milenaria de los bosques diseminados como resonancias celestiales.

Ellos — que vinieron desde tan lejos — levantaron este lugar para que una alegría sagrada pudiese pastar y cabalgar; piedra a piedra, nube a nube, hoja a hoja, en el epicentro, en el corazón, en la báscula de una inefable profecía:

*«Allí, donde el cielo y la tierra se unen, en el definido espacio donde lo visible y lo invisible son sólo uno, vivirás por siempre; en tu cuerpo y en la plenitud del recuerdo, en tu sangre y en el hierro candente de la memoria, te multiplicarás; no habrá para ti distancias imposibles y podrás, al mismo tiempo, caminar y volar. No te lacerará la muerte y nunca acabará el porvenir.»*

Ellos hicieron este país tornasol en un abrir y cerrar de ojos, como un segundo de la historia, cuando la espasmódica lucidez de la vida fue horneándose en el ascenso, pulidas las generaciones, afilados los sentidos y fundidos en el torrente de las edades, como un acontecimiento sin par en la coronación de un mundo iluminado.

El país amado en la templanza y la custodia, en el delgado paralelo que cruza con exactitud entre la medialuna de un cielo añil y la húmeda respiración terrestre.

Y allí se diseminaron, siempre germinales, en sus saltos fabulosos de hongo y gacela, hierba y ala, rugido y flor, en el tiempo immaculado y el aire limpio.

## LA CIUDAD ETERNA

Arriba, como un lienzo de lo inalcanzable – señora del resplandor – cuando la luz rebota de la bóveda celeste a los árboles y se evaporan como diamantes las gotas redondas de millones de centellas que se derraman de una abrasadora llama blanca, se aposenta, infalible y dueña de sus dominios, la ciudad eterna.

Vista desde abajo, se diría que flotara entre la ilusión y los fragmentos del día. Vista de cerca, crece su ensueño en la prolongación de la cima y sólo entonces se descubre que allí, en el primigenio lugar de la tierra donde comienzan los desfiladeros, contenida en una delicada mano de mujer extendida, está enclavada la fabulosa y desconcertante capital de un país único e irrepetible que se abre a los confines.

Una fortaleza sin soldados y sin armas, como dibujada milímetro a milímetro, teñida por el rojo sol de sus amaneceres, por el amarillo de sus mediodías, por el carmesí de sus tardes y alumbrada por antorchas de luz naranja al arribar la noche.

La mágica ciudad de todas las posibles ciudades. Piedra y musgos, terrazas de magnolias, cascadas de violetas, promontorios suaves como miradores orientados a un abismo amable y estremecedor que desciende hasta un valle donde el río se desliza por las laderas de los montes y, más allá, otra cresta de montañas.

He aquí el perfecto corazón cincelado de roca y tierra, el centro del territorio, la herencia acumulada desde el seminal estallido del polen en la gota de agua hasta la filigrana inasible de la orfebrería y de los espejos bruñidos de las casas.

El emblema de cinco puntas como un amanecer que une a todos los habitantes, grabado en sus tres puertas y en sus almas febriles; la bandera púrpura flameando por siempre, sin arriarse nunca, destello de una patria de obsidiana y de la honda raíz del árbol primero que dio frutos.

La seda y la miel de mil años solares, la presencia de la noche amada en las casas y la tibieza de sus hogueras.

El empedrado de las calles rectilíneas, trazadas en la misma dirección en que cruzó el cielo el cometa de cola fosforescente; la reproducción exacta del misterio de la fugaz luz para volverla a caminar tantas veces como se va y se viene al hogar.

Los aleros rojizos donde la lluvia fina se desliza, rítmica y sonora, gris y pura, cada invierno, en cada valle enaltecido por el agua irrigando la esperanza.

Las puertas de roble, la entrada familiar, la cobija, las historias asombrosas de antes del tiempo, las leyendas de pavorosos gigantes que estremecieron el mundo, la extinción en los mares de lava y otra vez el comienzo.

Los balcones y las buhardillas de los niños y los ancianos, parecidos unos a otros, allí donde crecieron, en años distintos que después se unieron, donde dijeron adiós al partir a las tierras lejanas que hicieron el país y donde fueron abrazados en una inusitada ternura.

La resonancia en la aleación de plata y oro de las campanas, el mercado alborotado, las tiendas de especies y granos, la harina para los panes, la canela y las frutas, el néctar de las flores y las risas de cientos de mujeres alegres en la sucesión de las horas matinales.

La ciudad de todos, la que pertenece a los primeros y a los que vendrán, la traslúcida y la encantada estancia.

## LA VASTEDAD DE LAS MONTAÑAS

Nada conmueve más que esta vastedad verde. Un juego de formas onduladas, de lomas y precipicios, de montes que parecen crecer de pronto y que, sin embargo, han estado allí en el espinazo de la tierra ocultos y expuestos a la vez ante la mirada; una sensación de que lo inmóvil se renueva cada segundo y que las montañas pudiesen pararse de pronto de su hondo sueño y estirar sus brazos en la densa niebla que las cubre.

Aquí, en los desfiladeros, la pequeña estatura humana queda en evidencia ante la inmensidad y su huella es imperceptible en el océano vegetal que se extiende y reproduce, que consterna y alucina. La tierra resguardada en las alturas, se bifurca, de brinco en brinco, en valles y planicies, para remontarse otra vez en las filas cerradas del follaje y árboles milenarios, como faros para la alta distancia.

Esta es la línea del cielo y la tierra blanda y viva, el horizonte jaspeado de un paisaje de cumbres sin barreras, de leguas y leguas de idénticas higueras solemnes y encrestadas, de rocas macizas y abedules, y la ingravidez del día en las laderas donde el vértigo desconcierta en este derrame enorme del silencio.

## EL RESPLANDOR

Como un sola pieza de cristal tallado, mensajero del llamado de los astros, está empotrado el resplandor en las grutas a las que se llega después de subir hasta una zona cubierta de zarzales, a cien años de distancia a pie de la ciudad.

En las vísperas del dominio de los artificios, cuando escrutaban el firmamento y concluían que el mundo era sólo un diminuto rincón en las constelaciones, aquellos seres imaginaron que poseer una estrella era una manera de conocer lo abierto y la inmensidad que les producía tanta consternación y misterio.

En las inmemoriales honduras de la noche, cuando estaban encendidas las hogueras del campamento y hablaban en voz baja a la hora del descanso, un meteoro de luz incandescente entró a la tierra y chocó en las mesetas, cumpliéndose un vaticinio anunciado por astrónomos que no sabían aún escribir ni pintar el mapa sideral, temerosos ante los azares astrales, presas de las figuras cósmicas, y sin conocer las medidas de las distancias ni las conjunciones de los planetas.

La piedra del cielo había llegado y allá fueron, con el aliento entrecortado, exaltados por la curiosidad, agarrados unos a otros, y observaron, sin acercarse demasiado durante toda esa noche caliente, el cráter redondo que produjo el impacto.

Al amanecer, en el silencio más absoluto, aquella roca como de sílice yacía en el suelo; palpitante, como de hielo o mármol, irradiando una luz fría y total, más que cautivante, hipnótica, sin duda, de otro mundo. Nada se le parecía, nada tenía tanta refulgencia, tanta claridad; no era como el sol, su esplendor era blanquecino y millones de agujas irradiaban de su superficie pulida y apacible.

No había que turbarse, no había peligro, era el regalo esperado, el pedernal que lentamente cayó del cielo como una dádiva y no como una maldición.

Era el tiempo en que faltaba poco para arribar a las cimas jubilosas y ésta era la señal que indicaba que la ruta y las estirpes avanzaban en el camino correcto.

Como nunca antes, aquel enjambre de seres realizó la titánica tarea de trasladar la masa de mineral celestial; había que resguardar la fuente del fulgor y eligieron las húmedas cavernas que estaban justo en la altiplanicie.

El gran esfuerzo los dejó exhaustos y, al mismo tiempo, poseídos de una felicidad vibrante.

Allí colocaron la gema como una deidad y disimularon la entrada con arbustos y malezas. Por más de un año se detuvieron, cantaron, y limpiaron la gruta, dulcificados en el contagio de la luz y su diáfana ilusión.

Entonces prosiguieron el viaje en un alegre alborozo porque el encuentro con el resplandor hizo anidar, en esa especie de nómadas, una fraternidad insospechada y la nítida convicción de que nada detendría aquella caravana bendita hasta llegar a su destino y habitar en el lugar más fantástico, del planeta, allá, en la altura del círculo terrestre.

### LEONCAR, HIJO DEL TIEMPO

El que todo lo sabe, el que todo lo vio y verá, el hijo del tiempo que al nacer no fue tocado por la muerte y que habita en la ciudad perpetua para guardar la inmaculada memoria de los días y los años, desde antes del agua hasta la extrema plenitud del espacio abierto; el custodio de los dulces misterios de todo cuanto existe en el país iluminado.

Leoncar, de ojos negros y manos alargadas como mazorcas de maíz, tan alto como dos hombres y de piel cobriza, vive en la casa más alejada de las puertas del sol y cada tarde se sienta a mirar la caída vetusta del astro.

En ese momento las visiones acuden a él, las voces le cuentan una y otra vez cómo se tejió el cordón de plata y cuándo fue el milagro del alba en que todos supieron que podían ser, simultáneamente, fuego, ala, pies y enramadas.

Este ser singular que nunca duerme y que no conoció el reposo, comprende mejor que nadie los laberintos del sueño, sus secretos más ocultos y el libre movimiento de las mentes cuando arman el rompecabezas de la ilusión o son invadidos por los residuos filamentosos del miedo o las oquedades del pasado. La querida sabiduría más allá de la barrera humana, en las placentas de otra realidad más sutil, intangible y poderosa, propia de los dioses. Sin embargo, pareciera ser el más humilde de todos los ciudadanos, con su túnica antigua, alpargatas y un pañuelo amarillo y verde atado a su frente.

Cuando la ciudad se sumerge en el ensueño de la medianoche, en el centro de su hogar, ve las imágenes que flotan en el aceite que hierve en las cazuelas de los presagios, envuelto en la luz mortecina de los leños mientras danzan las sombras por las paredes y el techo; el prodigio del porvenir le visita, le muestra sus hazañas y sus asechanzas, sus venturas y desastres y la implacable certeza de lo que acontecerá.

Su esmerilado corazón sufre o se alegra, y en el más absoluto silencio se desvanecen las volutas de humo de la estancia. El umbral del tiempo ha sido surcado por este hombre que imita al viento y silba las canciones que aprendió al nacer.

Solo, en el privilegio de lo interminable, comprendió que todo su ser sería bálsamo para las inquietudes, que a él acudirían para develar las intrincadas respuestas de lo ignoto, lo casual, lo doloroso y lo inesperado; su puerta estaría siempre abierta, a nadie rechazaría y no tomaría ventaja del don que poseía, y de la capacidad de escudriñar en los recovecos de las edades sin ser herido en el ir y venir entre los años, como quien cruza de un océano a otro, siendo una barca cargada de noticias inverosímiles.

Todos los habitantes del país saben que Leoncar está entre ellos, como un oráculo, como el libro escrito y por escribir y que él es el hijo del celaje para que no hubiese olvido ni temor al futuro.

## LAS ABEJAS DEL SOLSTICIO DE VERANO

El panal de abejas es un hermoso caserío de color caramelo adherido al borde de la cúspide, esculpido en terracota, desafiando la gravedad y el abismo. Orientado en línea recta hacia el ángulo que forman las dos montañas donde el sol matutino se levanta imponente, sus ventanas pequeñas y rectangulares permiten que la luz circule por los aposentos, rocíe su tibieza en el néctar de las celdillas e ilumine las bóvedas intrincadas donde laboran, día y noche, las miles de abejas que, en realidad, son diminutas mujeres aladas y no insectos.

Este es su hogar, el de las mieles exquisitas y la dulce fabricación del líquido dorado que tanto aprecian los habitantes del país iluminado.

Los laberintos de cartón vidrioso y formas ocurrentes, paredes azucaradas y claraboyas desde donde se ven las nubes pasar, llevan al recinto central donde una reina, más grande que las otras, más corpórea y deslumbrante, pareciese dirigir el febril trabajo de miles de obreras incansables. Majestuosa y fecunda, dedica parte del día a sellar con cera los depósitos de jalea real; cofres diminutos de esencias, placentas líquidas que se guardan para ser bebidas en el solsticio del verano.

En las fiestas del fuego, todas ellas vuelan, desde este barrio de zumbido parejo que se entremezcla con el viento, hasta el encandilado centro de la ciudad donde el sol se detiene al mediodía e inicia su regreso hasta desfallecer en el mismo sitio de sus nacimientos sucesivos.

El rito agradecido de abejas, zánganos y reinas dura toda la tarde, regalan pomos de miel de sus quinientos panales a los habitantes, quienes a su vez, han prendido cirios que durarán encendidos toda la noche; y el elixir que se liba una vez al año a pequeños sorbos preserva de la enfermedad al punto de que este día es como un conjuro, para que ninguna

afección les diezme ni derrumbe, como aconteció en los otros tiempos de lutos, enterramientos y ciudades vencidas por la desgracia.

## AVE DEL PARAÍSO

En la milagrosa aurora de la vida, cuando la flora y la fauna se hermanaron en la ruta definitiva, el vuelo y la savia también se unieron en un mismo ser immaculado. La magnífica flor de la montaña, acrisolada en su plenitud, en su perfecta armonía y belleza, admirada y querida por árboles y plantas silvestres, por frutos y semillas, despega de la fronda y se eleva, febril, única y reina por los cielos.

En su trayectoria pasa fugaz por el jardín de pinos centenarios, y en el verdor su cola naranja y violácea deja grabado un abrazo, una ternura en espiral y un aura de libertad ilimitada.

En la posesión del aire, ave y flor, a la vez, se desliza en la cresta del viento, avanza sobre el cañón y gira hacia las mesetas donde se prolonga el país, con el frenesí veloz de una lanza en dirección al sol.

Esta conmovedora ave inaugura otro estadio de crecimiento, las venas de las hojas conquistan la naturaleza animal, el movimiento a voluntad, las inclinaciones entre las nubes y el descenso suave hasta la llanura.

Vuela sobre la ciudad y el latir de su corazón se acelera, tanto como el del colibrí; divisa el campanario, la plaza, la llama en el agua y la casa distante y cercana de Leoncar.

Las alas que crecieron con lentitud entre las fibras de bambú, la rigidez del tallo cada vez más flexible y ondulante, la envoltura sanguínea como un capullo rojo, son ahora el fino bordado blanco de un velamen, la ágil armonía de la suspensión aérea, el espacio surcado por el sueño vegetal de la antigua tierra en su aspiración de atmósfera.

Un ave del paraíso, emisaria de las buenas nuevas, retorna a su hogar, ocupa su trono, se acopla a la raíz y exuberante cierra sus ojos, pliega sus alas y desde este día se reproducirá como un vástago estelar: la flor que puede volar y el ave deslumbrante, fundidas en un mismo cuerpo y un solo corazón.



## ACHU, LA ANTELACIÓN

El can, con su rostro negro, narices puntiagudas y ojos de niño vivaz. Achu, el perro de Oreth, su escolta, su agraciada compañía, el que siempre le aguarda y se desborda de hilaridad cuando le ve llegar, remolinando su cola, brincando sobre sus pies gatunos, desplazándose a su alrededor en círculos y agachando la cabeza como una reverencia.

El sabueso, hijo de hijos perfectos, lanudo y blanco, con una mancha de ámbar negro en su lomo, puede estirar sus patas delanteras como un hombre, girar sobre sus caderas como un contorsionista y ladrar como un dragón en la espesa noche.

Sin embargo, dentro de él pareciera que viviesen otras afables criaturas, que juegan con su peso, le hacen cosquillas que le erizan o, también, como si en él existiese un frágil pájaro de alas abrazadas o un lejano oso de nevadas montañas y quizás un conejo risueño y vaporoso.

En el invierno es feliz porque le gusta el frío y se amodorra en las tardes yertas, atontado, disfrutando cada segundo de la mortandad enorme del ensueño y el recogimiento de la calma.

Estirpe de lobo, licuado de mastines, en su sangre pastosa fue aplacándose la ferocidad, y se agudizaron los mejores sentidos del olfato y los oídos; se volvieron crisálidas sus pupilas y el poderoso don de la antelación fue un atributo de su casta. Por ello, pudo advertir del peligro a los habitantes del país iluminado, presentir las malignas avalanchas, los derrumbes y el sacudimiento de la tierra.

El huracán moja su velloso cuerpo antes de desatar su furia y el perro poseído de los previos avisos aúlla a los cielos endemoniados que de pronto se presentarán maltratando la vida, tumbando los frutos, quebrando los árboles más recios y ensuciando la pureza del aire.

Achu, el que corría por toda la ciudad, veleta y gacela, anunciación de la fatalidad y elocuente, preciso, exacto, indicaba que tipo de imprevisto iba a ocurrir. Llegaba hasta la casa de Leoncar y juntos parecían trazar en el suelo señales, conjuros y murallas; tanto o más humano que los hombres, se transformaba en un ágil guerrero con una espada cortando el aire, venciendo los males venideros, defendiendo la ciudad fecunda, el territorio querido, la patria entrañable.

El can custodio, el que estando en la puerta de su hogar parecía inofensivo e invisible, al que los niños le tiraban piedras desde lejos y él les miraba de reojo, indiferente y cortés, tenía el corazón hecho de diamantes, la inteligencia de una sabia ballena y la hermosa imponencia de una enramada de hojas doradas.

## EL ÁRBOL DE FRUTOS DE ORO

Para dicha y asombro de todos los seres del país iluminado, en la colina del sur, en la despejada meseta, el árbol de todos los caminos, el arcano verde, ha estado allí desde el inicio de los tiempos.

El árbol de hojas elípticas, de tronco grueso y vertical que se amplía en cien ramas intrincadas, florece en primavera y sus frutos son de oro, como si en sus plantas una veta áurea se licuara y ascendiera para que las naranjas, duraznos, manzanas y mangos fuesen de pulpa sólida, del metal noble que se convierte en un regalo de la tierra, en una alborada amarilla y en un encuentro sin igual entre lo que vive y lo mineral.

A su copa acuden los pájaros, revolotean, juegan con los duendes que aparecen montados en cada fruto y que corren entre el ramaje, brincan, caen al suelo, vuelven y trepan, jinetes de las aves y de los ruiseñores; la algarabía alrededor de los llamativos frutos, como joyas hechas a mano, radiantes y perfectas. Una sinfonía primaveral que se propaga en todo el territorio como si una cornucopia amplificara la melodía y el viento la llevase tan lejos como una noticia de la persistencia, y de la tenacidad.

El árbol, hermano de los árboles, no es sólo parte del paisaje abrazador sino la madera viva que reproduce el anhelo de cada alma del país: florecer en las estirpes, brillar, germinar, alegrar el mundo, inventar una fantasía jubilosa, creer en que una deidad fue desposada con el árbol para tener hijos frondosos y que aún vive en el planeta y duerme en una casa distinta cada noche. El privilegio de hospedarla es un honor que las familias esperan como una visita que alumbrará sus vidas.

El árbol donde el musgo cuelga como una red marina, como un encaje o una manta, y los habitantes la abrazan y besan sin tocar sus frutos, entre las maravillas diminutas de los duendes y sus pompas, sus gracias y brincos.

Un rito que cada generación enseñó a la siguiente, como una encarnación de la ilusión y, sobre todo, de la creencia de que llegará una primavera que no terminará jamás y que a partir de entonces no habrá estíos ni tiempos de podredumbres.

## LA LLAMA EN EL AGUA

La llama flota en el agua del estanque, como un hechizo.

Danza y se contornea y su luz es blanca y celeste, hermosa y cautivante, vivaz en el centro de la noria nívea que fue construida alrededor del manantial que emerge de la tierra.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

